

El concepto de patria quizá no es ya aquel del africano convertido en santo, cuando decía: "Ama a tus prójimos y más que a tus prójimos a tus padres y más que a tus padres a tu patria". Es que el espíritu se atormenta con el afán del instante preciso que se fuga y que hace olvidar la faz lívida de la tradición, convertida muchas veces en pobre mito literario.

Santander debe agradecerle a Reyes Rojas el tributo que le rinde. Porque en este libro hay mucho de su espíritu, de su grandeza, de sus hombres. El libro mira con ojos duros hacia atrás y le está diciendo a esta tierra que debe enraizarse en su pasado si quiere defenderse en su futuro contra las acometidas de la vida.

La historia. La tradición. A ellas estamos apegados más que pueblo alguno de la patria, acaso porque el pasado fué para nosotros más halagüeño y menos amargo. Porque en torno de estos pueblos, a la sombra de estos campanarios aldeanos, a la orilla grata de estos ríos tímidos, se fué tejiendo, hazaña tras hazaña, minucia tras minucia, el lienzo suave de los recuerdos familiares o el tapiz glorioso de las proezas de la patria.

Reyes Rojas, hidalgo de sangre y de estampa, ha recogido en hermosa fabla ese tradicionalismo, ese historicismo. Con saudades de lejanía dice su romance en este libro que acaricia quedamente las barbas hirsutas de nuestros antepasados, aquellos viejos que un día se fueron por los caminos del mundo a hacer una patria, con todo el coraje, con todo el corazón, con toda la mente, con toda la vida.

MANUEL SERRANO BLANCO,
Bogotá.

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ, *La literatura del Perú*.—Buenos Aires, Imp. de la Universidad, 1939. 189 pp. (Las Literaturas Americanas, I. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Cultura Latino-Americana.)

Con la publicación de *La literatura del Perú*, Luis Alberto Sánchez inicia una serie de estudios sobre el desarrollo de la literatura en varios países americanos. Sánchez, por ser peruano —nació en Lima en 1900— y por ser literato distinguido, junta en sí el amor de su país natal con la actitud crítica del erudito. Fué un estudiante precoz en la universidad, pasó a ser redactor de diversas revistas peruanas, y en 1927 se hizo catedrático de literatura en la Universidad Mayor de San Marcos. ¿Quién mejor para hacer el análisis de las letras del Perú?

Presenta sus opiniones de una manera viva. Se entusiasma mucho cuando contempla la generación actual y a los escritores, compañeros suyos, con quienes ha tenido un vínculo bastante fuerte, especialmente en

relación con la Reforma Universitaria. A pesar de su afición a ellos, ha sabido muy bien determinar el valor de lo que produjeron en el campo de las letras. Nos presenta una interpretación simpática, sincera y honrada, un juicio crítico que halla su fundamento en la fina comprensión de la personalidad de sus compatriotas y en la perspicacia para valorar las fuerzas de la literatura y distinguir entre lo malo y lo bueno. En las páginas de este pequeño tomo nos ofrece seis conferencias que pronunció en la Universidad de Buenos Aires en 1937, y que repitió en Santiago de Chile en mayo de 1938. En vez de estudiar en detalle las obras de unos pocos autores de los más importantes, da una ojeada a las condiciones salientes de cada época, y analiza la literatura que resultó de determinadas condiciones sociológicas e históricas. Añade una bibliografía elemental de las obras representativas de todos los períodos del Perú.

En lugar de mirar las bellas letras como lo hacen otros, emplea la teoría crítica que se llama socioliteraria, teoría que riñe con la forma generalmente utilizada, y que da énfasis, primero, a una investigación del *hombre* y del *paisaje*, y segundo, a la contemplación de la *historia*. Incluye un estudio de la expresión superestructural según el dogma marxista, de donde viene el título de Socioliteratura. Hay críticos a quienes no conviene esta forma de tratar la literatura, pero se debe admitir que Sánchez tiene sus ideas bien arregladas y toma su camino sin desviaciones. Siguiendo su concepto socioliterario, hace un comentario sobre el paisaje del Perú, afirmando la existencia de una variedad de Perús. Además de mencionar las tres divisiones distintas, la costa, la montaña y la sierra, llama la atención sobre una diferencia notable en el estado psicológico de las secciones geográficas del norte, del centro y del sur. "La literatura costeña", dice, "es una literatura noctámbula, de poetas líricos", de imitaciones e importaciones constantes. Explica el hecho de que en la selva, donde el paisaje lo domina todo, el hombre se ocupa demasiado con los problemas que le incitan a una lucha continua contra las fuerzas de la tierra, y le falta tiempo para dedicarse a la literatura; en la sierra, el hombre se halla tan restringido por la estructura económica feudal que el dolor de vivir obscurece la alegría indígena. Asegura que en el norte viven los sistematizadores, hombres contemplativos que estudian lo filosófico y lo social; en el centro, se ve al ser irónico y crítico; en el sur, los volcanes inquietos han producido un carácter impaciente, deseoso de emancipación, calidad que se extiende aún hasta hoy.

Es la sierra, sin embargo, la región que ha conservado los rasgos indohispanos, según Sánchez, insistiendo en que la influencia que han ejercido los franceses a partir de la primera mitad del siglo XVIII, y más tarde los sajones, no tenía fuerza para cambiar el carácter tradicional de aquella gente que encierra el núcleo importante de la cultura peruana actual. Después de criticar la literatura importada por el conquistador, quien, por ser ignorante, produjo una literatura vulgar, atribuye la falta del género de la epopeya en el país a la ausencia de una

lucha fiera como existió en Chile, y la falta de poesía a la escasez de inspiración femenina. Reconoce, sin embargo, la importancia de la fábula que sólo entre los indios floreció en un estado de esplendor, y ofrece un tributo sincero a la habilidad de Garcilaso Inca de la Vega, considerado como el primer escritor de pro aparecido en el Perú.

Bajo el imperio, la universidad y la imprenta abrieron el camino de la cultura oficial, y Sánchez destaca la literatura colonial entrando de lleno en un humanismo postizo. Hay críticos que atribuyen los males de la literatura americana a Góngora, pero Sánchez le disculpa de todo delito poético americano, diciendo que sirvió como el gran crucificado de la literatura de todo el continente durante los siglos XVII y XVIII. Cree que *El apologético en defensa de don Luis de Góngora*, por "El Lunarejo", es la única obra verdaderamente gongorina del Perú virreinal.

Sánchez demuestra el dominio del barroquismo en la literatura entre 1548 y 1750, un barroquismo que infundía el espíritu colonial y que lo abarcaba todo. Prestando atención al hombre que emprende el camino de su propio sér, Sánchez se acoge de nuevo a la teoría socioliteraria cuando explica las influencias que cambiaron al hombre de la colonia, de un personaje cargado de pasiones inesperadas y doblegado por la Iglesia, el Estado y la Universidad, a un individuo que llegó a experimentar un nuevo sentido de la vida colectiva y del deber individual. Con estos propósitos, no podía menos que comenzar el realismo en el Perú.

Con la publicación de *Pasión y triunfo de Cristo* (1738), Peralta ejemplificó el advenimiento de nuevas corrientes intelectuales. Nos explica Sánchez las condiciones sociológicas e históricas que dieron impulso inicial al alzamiento criollo, y añade que el levantamiento de los indios indicó la manifestación del espíritu nuevo, no sólo con el designio de eliminar la opresión del criollo pobre, sino también con el propósito de aventajar al criollo rico que había tenido que someterse a la presión del español. La inquietud espiritual del hombre de fines del siglo XVIII se reflejó en la obra de Olavide. Fué el precursor de la revolución política, afirma Sánchez; por medio de su esfuerzo comenzaron los estudiantes a adquirir beligerancia.

De las muchas reuniones de intelectuales en casa del P. Cisneros, salió el grupo de profesores y alumnos criollos de la Universidad, la nueva generación. Hasta entonces el hombre del Nuevo Mundo no tuvo interés ninguno en su medio, ni en su realidad social y topográfica; cuando la conciencia étnica del criollo se levantó, sembró la semilla del espíritu nacional, en el desarrollo del cual jugó *El Mercurio Peruano* un papel bastante importante. Discurre Sánchez juiciosamente sobre Larriva, Olmedo, y Melgar, acentuando la contribución de cada uno al crecimiento del pensamiento de la época.

Siempre notando las influencias sociológicas, trata luego del cambio de la mentalidad que surgió en la nueva República. Indica las nuevas teorías sociales que fermentaban en Europa y señala las características

del romanticismo del grupo de "bohemia romántica". Pinta la diferencia entre el romántico europeo que se dirigió a su tradición más honda, y el peruano que se quedó más bien en la Colonia, por lo cual el romanticismo peruano no avanzó más allá de la mitad del siglo XVI. Y, según nuestro crítico, la guerra del Pacífico liquidó este romanticismo balbuciente.

No se puede escribir una historia de la literatura del Perú sin rendir honores a Ricardo Palma, a quien Sánchez califica como "la más difundida figura literaria del Perú, y, dentro de su época y su género, la de mayor prestancia". Subraya el elemento de la ironía, tan evidente en los escritos de Palma, pero también llama la atención hacia su buen humor, y alaba la originalidad con que creó una literatura que no se ha podido igualar.

Sánchez opina que la guerra de 1879, por haber sido causa del descubrimiento de la provincia y de la unificación de la nación, significó un adelanto para la literatura intrínsecamente peruana. Rota la relación con la era romántica y la clasicista, la gente literaria buscó un nuevo asunto, y lo halló en el realismo. Nacieron las novelas sociales; después vino la época de González-Prada, el cual ejerció influencia literaria desde 1898 hasta 1918; llegaron los escritores del modernismo, y en 1906 Chocano, a quien "la trompeta es más familiar que el violín", produjo *Alma América*, y el Perú entró en el camino del chocanismo rimado. De Chocano, Sánchez escribe mucho, pero al fin y al cabo cree que "es una especie de cronista inspirado y fantaseador de la colonia y el imperio americano".

Surge una nueva generación entre 1900 y 1905, la cual incluye una nómina brillante de escritores. Todos merecen un lugar definitivo en la literatura reciente, y Sánchez describe con precisión la importancia de cada uno, siendo algunos compañeros suyos. Con la fundación de la revista *Colónida* nació un movimiento "antiuniversitario" que desembocó en la Reforma Universitaria, llevada a cabo por "la nueva hornada juvenil", grupo de jóvenes que incluye aún a Sánchez. Perteneciendo al grupo de jóvenes literatos, Sánchez tenía lazos íntimos con los escritores de todos los géneros literarios, pero a pesar de este contacto estrecho se aleja como crítico, al formular sus opiniones. Con agudeza bien patente, analiza a los agonistas, a los evasivos y a los criollistas en tres grupos nítidamente marcados. A lo largo del libro, en sus diversas etapas, demuestra la teoría socioliteraria, enseñándonos que "entre las americanas la literatura peruana es la más rica en el pasado colonial, una de las más pobres en su ayer republicano, una de las más promisoras en su presente".

RUTH SIEVERS THOMAS,
Chico High School,
Chico, Calif.